

Dos vasos y una redoma
 Sostiene una blanca piedra,
 Una grosera alborna
 Y un pichel con su bandeja;
 Toda loza de Campania:
 Al lecho me voy sin pena
 De pensar en levantarme
 Muy temprano, porque tenga
 Que ir á visitar la estatua
 De Marsias, que no se deja
 Ver sino con grandes costos
 De los Novios: las cubiertas
 Dejo á la cuarta hora y salgo
 A las forzadas haciendas;
 Ó bien leo, ó bien escribo
 Lo que á solas me divierta.
 Después con aceite me unto,
 No como se le moteja
 Al avariento de Nata,
 Del que en el candil le queda.
 Cuando ya el sol más activo
 La hora del baño me acuerda,
 Huir procuro la estación
 De la canícula horrenda.
 Cómo sin ansia lo que
 Basta para que no tenga
 El estómago vacío.
 Descanso en mi casa: aquesta
 Es la vida de quien libre
 De ambición y de soberbia
 Se halla: así me lisonjeo

Pasármela más contenta,
 Que si mi padre cuestor,
 Ó mis bisabuelos fueran.

SÁTIRA NOVENA DEL LIBRO PRIMERO.

Iba por la Vía Sacra
 En no sé qué bagatelas,
 Como suelo, meditando,
 Todo embebecido en ellas;
 Cuando uno á quien no conozco
 Sino de nombre, me encuentra,
 Y asiéndome de la mano,
 —Adiós ¿cómo estás, mi perla?
 —Por ahora bien, digo, y quiero
 Para ti cuanto deseas.—
 Como vi que me seguía,
 —¿Algo en que servirte pueda
 Mandas?—digo, y él entonces:
 —¿Conócesme? Soy á letras
 Grandemente aficionado.—
 Aquí yo: Por esa prenda
 Tanto más te estimaré.—
 Triste de mí, en mil maneras
 Buscando cómo escapar,
 Ya camino muy de priesa,
 Ya me paro, ya al lacayo
 Digo no sé qué á la oreja,
 Y sudando de congoja
 De los pies á la cabeza,

Bien haya, dije á mi sayo,
 Bolano tu genio y flema.
 Como sin cesar hablase,
 Elogiando la belleza
 De la ciudad, de los barrios,
 Sin sacarme una respuesta,
 —Rato ha que conozco, dijo,
 Que escapárteme deseas;
 Mas nada haces: yo he resuelto
 Seguirte por donde quiera
 Y gozar tu compañía.
 ¿De aquí para dónde ir piensas?
 —No vengas por mí á cansarte.
 Lejos de aquí ver quisiera
 A uno que tú no conoces,
 Y hacia los huertos de César,
 Allende del Tibre, habita.
 —A mí el andar no me pesa,
 Dijo, y no tengo qué hacer;
 Te sigo en todas maneras.—
 ¿Qué he de hacer? Como un ruin asno
 A quien le cargan á cuestas
 Un peso descomunal,
 Agacho así las orejas.
 Aquí él, tomando la mano:
 —Si el propio amor no me ciega,
 No tendrás amigo alguno,
 Aunque Visco ó Vario sea,
 Que á mí debas preferir.
 Porque ¿quién habrá que pueda
 Hacer más versos que yo,

Y hacerlos con tal presteza?
 ¿Quién con más aire y más garbo
 Los brazos mueve ó la pierna?
 Canto de suerte que envidia
 A Hermógenes darle pueda.—
 Aquí era de interrumpirle
 Oportunidad muy buena.
 —¿Y tienes madre ó parientes
 Que en tu salud se interesan?
 —Ninguno me queda, dijo:
 Con todos he dado en tierra.
 —Dichosos. Yo quedo ahora.
 Acábame, que me espera
 Desde niño un signo triste,
 Pues una sabina vieja,
 Movida la urna divina,
 Me cantó de esta manera:
 «A este ni el triste veneno,
 Ni la espada en cruda guerra,
 Ni algún dolor de costado,
 Ni la tos con fiebre lenta,
 Ni la gota ha de matar.
 Do y cuando quiera que muera,
 Un hablador importuno
 De sus huesos dará cuenta.
 Por tanto, en llegando á edad,
 Evite con diligencia
 Todo hablador y pedante.»

En esto al templo de Vesta
 Llegábamos, y del día
 Más de las cuatro horas eran.

Acaso estaba él citado
 Para que compareciera
 En juicio aquella mañana,
 Y de no hacerlo era fuerza
 Perder de contado el pleito.
 —Si bien me quieres, espera
 Aquí un momento, me dice.
 —Si puedo aguardar, perezca
 Yo aquí: si quiero mezclarme
 En civiles trabacuentas,
 Y en priesa voy donde sabes.
 —No sé qué hacerme, si deba
 Dejarte ahí, ó dejar antes
 De hacer esta diligencia.
 —A mí.—No haré tal, me dijo,
 Y tomó la delantera.
 Yo, como es duro porfiar
 Con el vencedor, paciencia;
 Lo sigo. Pregunta entonces:
 —¿Cómo te va con Mecenas?
 Entre los muy raros hombres
 De talento y de prudencia,
 Ninguno ha de la fortuna
 Usado con más destreza.
 Un gran compañero habrías,
 Y que siempre te cediera
 El primer puesto, si á mí
 Introducirme quisieras.
 Mal á mí, si á los demás
 Todos no echases por tierra.
 —No se vive allí, le dije,

De la manera que piensas.
 No hay trato en Roma más limpio,
 Ni casa que más ajena
 Esté de tramas é invidias;
 Cada uno según sus prendas
 Su propio lugar ocupa.
 —Gran cosa es la que me cuentas,
 Y que apenas es creíble.
 —Pues es así como suena.
 —Con esto me enciendes más
 Para que yo ser pretenda
 Uno de sus familiares.
 —Seráslo; si tú te empeñas,
 Pues es tal su condición,
 Que no dudo que lo obtengas;
 Y más con un hombre que
 Muy fácilmente se deja
 Doblegar, aunque es difícil
 Con él la entrada primera.
 —Haré cuanto quepa en mí.
 Con cohechos y promesas
 Me ganaré sus criados,
 Y no porque una vez sea
 Despedido ó desairado
 Abandonaré la empresa.
 Buscaré oportunidades
 En las esquinas con treta,
 Sabré hacerme enconradizo,
 Me mezclaré con destreza
 Entre la su comitiva.
 Nada en el mundo sin pena,

Y sin trabajo se logra.—
 En esto, hete aquí que llega
 Tusco Aristio, amigo mío,
 Y que conocía la bernia.
 Parámonos, y—¿de dónde
 Vienes, y adónde la llevas?—
 Pregunta, y responde: yo,
 Para que me redimiera,
 Ya le pellizco los brazos
 Insensibles como piedra,
 Ya con el codo le doy,
 Mil ademanes, y muecas
 Mil haciendo, y retorciendo
 Los ojos en mil maneras.
 El mal bufón, como si
 Mi congoja no entendiera,
 Disimulaba y reía.
 A mí el riñón se me quema
 De la cólera y la rabia.
 —¡Ah! sí, digo, se me acuerda
 Que en secreto no sé qué
 Días pasados me dijeras
 Que hablar conmigo querías.
 —Sí, dijo, pero no es esta
 Ocasión de esto; hablaremos,
 Que hoy es el sábado treinta.
 ¿Acaso quieres burlarte
 De los ritos y neomenias
 De los cortados judíos?
 —Yo no hago escrúpulo de esas
 Observancias.—Pues yo sí,

Que en esto soy de conciencia
 Delicada, uno de tantos.
 Excúsame, y esto deja
 A tiempo más oportuno.—
 ¡Que una mañana tan negra
 Para mí haya amanecido!
 El socarrón con presteza
 Se me escapa, y á mí triste
 Bajo el martillo me deja.
 Pero por fortuna mía
 En el camino lo encuentra
 Su adversario, y con mil gritos,
 —¿Adónde vas, sinvergüenza?—
 Y vuelto á mí:—¿Podrás serme
 Testigo tú?—Doy la oreja
 Yo prontamente: arrebatada
 Con él, y á juicio lo lleva.
 La plebe, de todas partes
 Acude en tropa, y lo cerca.
 Gritos, algazara: así
 Apolo me sacó de esta.

 EPÍSTOLA SEXTA DEL LIBRO PRIMERO.

No admirar ni extrañar nada
 La única cosa es, Numicio,
 Que hacer el ánimo humano
 Puede y conservar tranquilo.
 Este sol, estas estrellas
 Y estaciones que con fijos